

# El "combate bicolor": homosexualidad, política y representación

Gabriel Giorgi

Gabriel Giorgi es docente en la  
Escuela de Letras,  
Facultad de Filosofía y Humanidades,  
Universidad Nacional de Córdoba.  
Centro de Estudios Avanzados.

ESTUDIOS • Nº 6  
Junio 1995 - Junio 1996  
Centro de Estudios Avanzados de la  
Universidad Nacional de Córdoba

En la literatura argentina contemporánea hay tres escenas en que ciertas tensiones políticas se resuelven en términos sexuales y específicamente en el marco de ciertas representaciones de la homosexualidad. Esta articulación parece sostenerse sobre una operación simbólica jugada sobre el cuerpo y el marcado diferencial de los cuerpos, esto es, en virtud de una operación que tiene que ver con el *estigma*. En este sentido, interrogar a la homosexualidad como campo de representaciones y como materialidad discursiva permite pensar un juego de usos donde se construye un campo de tensiones acerca de la identidad. La marca, el límite, la frontera, forman aquí un horizonte de objetos susceptibles de ser pensados a partir de la homosexualidad como marco de representación del cuerpo. El problema de la inscripción del deseo homosexual a nivel de la materialidad de las representaciones quizá permita pensar ciertos puntos de rearticulación en las relaciones entre literatura y política, insistiendo fundamentalmente en la representación del cuerpo como espesor en el que se "produce" una ecuación con lo político. Del cuerpo como "bien político" al deseo homosexual como marco de representación, se juega un campo de tensiones que compromete la identidad –las marcas de identidad y a las grupalidades que se leen desde esas marcas–, puesto que, como veremos, el deseo homosexual emerge para confundir identidades y contaminar límites y demarcaciones. Desde esa operación "piensa" la identidad.

Quizá pueda recortarse un campo histórico alrededor de la sexualidad como *superficie de registro* de la política, en virtud de lo cual segregaba un cuerpo sexual que materializa tensiones no reductibles al deseo sexual. Si puede hablarse aquí de un *corpus*, es por el hecho de que la homosexualidad, y los estigmas que la constituyen en cierto momento histórico, permite fijar un orden de tensiones alrededor de la identidad

a partir de una visibilidad específica del cuerpo y la sexualidad. No llega para reivindicar un deseo y una identidad, sino para producir representaciones históricamente diferenciadas de la política; asedia y constituye, como un fantasma demasado próximo, los modos de politizar el cuerpo y de representar las luchas políticas.

### “Ser puto” - “ser nena”

En *Los años despiadados*, de David Viñas (1956), se narra la escena de un malentendido o de una traducción con la que se abre este relato acerca de las relaciones entre homosexualidad y política. La novela narra el encuentro y la mutua seducción entre un niño perteneciente a una familia liberal venida a menos con otro que proviene de sectores populares peronizados. Transcurre en 1951, en un vecindario conventillero donde va a recalar la familia liberal inaugurando su nueva pobreza, y donde resuenan los rumores del canto al triunfo peronista. La escena del malentendido se juega entre el niño protagonista y una vecinita que deja escuchar en su voz un temprano aprendizaje de la sexualidad. Ante cierto amaneramiento del protagonista, pero sobre todo ante cierta conducta temerosa, replegada, la niña lo interpela: “¿Sos puto vos?”. El pequeño héroe, en el que se anticipa el lugar del escritor, del culto, del civilizado, no podrá responder más que huyendo a los brazos de su madre para acusar a la malhablada: “dice que soy una nena”. Entre “ser puto” y/o “ser una nena”, los cuerpos masculinos que habitan las novelas de Viñas encuentran los movimientos del género que los constituyen y los arrojan al relato –relato que siempre es el de una virilización.

(Los modos del insulto entre identidades sociales y culturales distintas involucran distribuciones diferentes del cuerpo, y líneas diferentes de inversión estratégica. Sobre el lugar que le asigna el insulto, y a partir de su traducción, el “distinto”, el separado de los otros, trama una estrategia que deriva del mismo acto que lo victimiza. En lugar de decir “no, no soy puto”, Rubén dice: “soy una nena”, y obtiene un lugar del cuerpo para actuar. Entre “ser puto” y “ser nena” hay, a la vez un corte o un salto, y una continuidad estratégica e identitaria, sobre el lugar que se le da y el que se hace el “distinto”, el que llega con otra cultura y otros usos del cuerpo. La violencia de los nombres se traduce y esa traducción puede ser una respuesta y una estrategia).

Hay dos homosexualidades en la narrativa de Viñas. Dos homosexualidades que componen dos modos de figuración y de relato jugados sobre el cuerpo. Una se cristaliza (como punto de realización) alrededor de la violación y de la violencia sexual, que se vincula claramente con la representación del sexo como lucha, como rivalidad. La otra es la que aparece como un “volverse mujer” propio de la simulación, el enmascaramiento del cuerpo, el orgasmo fingido, y que habrá de asociarse a la literatura –a cierta literatura al menos– como instancia de feminización.

Si “ser nena” es una pose del cuerpo, “ser puto” pasa por el sexo, por la sexualidad como lugar de luchas, como “prueba” del cuerpo, y en ese sentido lo dispone en

los alrededores de la violación. Sabemos que Viñas propone a la violación como "metáfora mayor" alrededor de la cual se funda la literatura argentina.<sup>1</sup> Esta fundación se hace extensible a la del propio espacio de escritura: *Los años despiadados* (la segunda novela de Viñas) narra la violación de Rubén, el protagonista, por parte de unos adolescentes peronistas que ratifican sobre el cuerpo el poder del peronismo:<sup>2</sup> los violadores gritan "¡Viva Perón!" mientras someten al otro.

La homosexualidad parece poner un marco de representación para que la violencia política llegue al discurso y a la escritura; convoca cuerpos designados por una marca social, cuerpos constituidos como soportes de una marca de identidad de clase. Y con este estatuto llegan a la escena sexual. Desde allí, el deseo homosexual permite inscribir un cruce específico entre identidades de clase diferentes y opuestas. En el itinerario que traza, construye un escenario, un territorio simbólico donde las tensiones de clase pueden ser inscriptas de una manera singular y desde allí elabora una regulación singular con la política: el cuerpo sexual como superficie de registro e inscripción de tensiones sociales y entre identidades de clase. La tensión política se sexualiza según una visibilidad sexual del cuerpo. La homosexualidad es la ocasión para que esta tensión entre las clases se haga visible, tenga una "imagen" a partir del cuerpo y para ello compromete una crisis de límites e identidades sociales.

La percepción del cuerpo y de sus territorios como "mancha",<sup>3</sup> recurrente en Viñas, despliega a la vez el terror a la indeterminación de los límites y un punto de deriva hacia un espacio donde las distribuciones e identidades sociales habrían sido alteradas, confundidas. Esa "mancha" coincide con los itinerarios que el deseo homosexual traza entre los cuerpos, lo que segrega. Abre una línea de deriva de las identidades. El "cuerpo a cuerpo" homosexual se produce a partir de una red de condiciones y demarcaciones que invisten y constituyen a los cuerpos y los arrojan a la escena del deseo. Y es precisamente ese espacio de tensión entre clases lo que opera como condición de inscripción del deseo homosexual.

En este sentido, la convocatoria al deseo homosexual puede ser pensada, en una primera instancia, como una borradura de las diferencias y jerarquías de clase, porque abre un espacio donde los adversarios ("cuerpos representantes") se cruzan en una zona de contaminación de las identidades. Más que un pacto o alianza entre las clases, que designaría un campo de estrategias a partir de posiciones más o menos estabili-

1.- David Viñas. *Literatura argentina y realidad política*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

2.- En *Los años despiadados*, el deseo de Rubén hacia Mario se conjugará en la tensión entre el "puto" y la "nena" de un modo singular. La "nena" es la que tramará un cálculo de seducción y captura del cuerpo deseado: todo el espacio de la simulación, la pose, el maquillaje y la *fantasía*: el universo de la "nena" es un universo del ojo: se hace de imágenes, y entre ellas de imágenes literarias, librecas (Sandokán y Yáñez). Por lo demás la pose es directamente corporal: "Disimulado mi pito: me lo meto entre las piernas y listo". Es este juego de simulaciones, travestismos y fantaseos lo que interrumpe la violación.

3.- El cap. VIII, "Oscuras imágenes borrosas", de *Los años despiadados*, narra la construcción de un espacio de indeterminación, confusión y reversibilidad de las identidades y las posiciones. Juegos de travestimiento y de inversión enmarcan el territorio donde el que hace de "hombre" y el que manda puede ser traspasado de cuerpo, pero sobre la escena de un emborronamiento de límites y donde la percepción se rige por la aparición de una "mancha" alrededor de la cual los niños juegan a las identidades frente al espejo. Algo similar ocurre con el Payo, durante una fiesta con dos *taxiboyos*: "un manchón por el suelo. Me siento mejor. Volvió a mirar eso El Payo: Mi espíritu materializado..." (*Cuerpo a cuerpo*, pág. 447).

zadas, esta borradura designa una línea de indeterminación de las identidades y la virtualidad de un territorio común que olvida la diferencia y la jerarquía (allí no se pacta porque las posiciones cobran un carácter de cierta incertidumbre; es un espacio de relativa indiferenciación lo que se representa a nivel de los cuerpos, lo cual no suprime la eventualidad de un pacto, pero no lo celebra).<sup>4</sup>

Las condiciones de ingreso de la homosexualidad a la representación se leen sobre la virtualidad de tensiones sociales que libera. En rigor, un momento que tenga que ver con el cuerpo sexual, no será sexual sino una escena de lo social, de sus límites e identidades: tiene menos que ver con el cuerpo erótico, sexual, que con las identidades de clase. El pasaje del cuerpo por la homosexualidad es aquí una oscilación sobre las fronteras sociales, territoriales y de clase, donde estas fronteras dejan ver las pausas de incertidumbre que las atraviesan. Por eso, precisamente, el pasaje por la homosexualidad no va a ir a parar a una identidad sexual sino a una conciencia de clase.

Esta ecuación entre sexualidad y clase produce una concepción de lo político como campo de disputas, tensiones y luchas alrededor de la identidad. Como zona de contaminación entre clases, la homosexualidad produce relatos de la frontera, el límite, la marca, relatos de la producción y re-producción de las diferencias y las identidades. Y en este punto la violación viene a cumplimentar un cierre *desde la sexualidad*. La violación es el ejercicio que restablece los límites transgredidos. Subraya la frontera que el "mismo" deseo homosexual había debilitado. Si la homosexualidad confunde las identidades sociales, en la "misma" operación restituye límites y jerarquías que se estampan, se "realizan" sobre el cuerpo.

En este sentido, la relación entre homosexualidad y violación resulta esencial; la violación cierra de manera irreversible el circuito deseante que se había instalado; y lo cierra como instancia de asignación y estabilización de los significados con los que estaba jugando. La violación reordena la confusión de identidades que funciona como presupuesto de ella misma, como su condición. No se llega a la violación sino en ciertas condiciones de inestabilidad de identidades y significados, condiciones que el mismo deseo homosexual había producido.

La homosexualidad, como espacio de representación, trae a la literatura el funcionamiento del *estigma* en tanto materialización de la violencia política: el acto de marcar al otro allí donde la confusión amenaza levantar o diluir una frontera establecida. Si, por un lado, la homosexualidad es un espacio de contaminación jugado sobre las identidades y a nivel de una relación especular entre los cuerpos, y si sobre ello traza la virtualidad de un devenir (devenir que podría fundar un territorio común, un nuevo territorio), por otro lado es solidaria del estigma en la medida en que éste *re-*

---

4.- Es cierto que el final de *Los años despiadados* celebra un contrato que queda en suspenso: después de la violación, y a partir de la culpa, Mario se ofrece a Rubén. Pero este ofrecimiento desexualiza al cuerpo porque es asistencial y terapéutico: asiste al violado-"inválido". Cae fuera del circuito deseante y del cuerpo sexualizado, aunque Mario se ofrezca como "burro" para ser "montado".

*traza* sobre el cuerpo una marca simbólica, recuerda y restituye una marca previa, volviendo las identidades al punto de partida: reescribe lo borrado. La homosexualidad funciona según un circuito deseante que deja subrayado el límite que había permitido transgredir. Esto es lo que se lee como violencia política: recordar, remarcar sobre el cuerpo del otro el límite y la marca de identidad, la imposibilidad de la mezcla y, desde luego, de todo pacto virtual.

Si bien la homosexualidad aquí coincide con un mecanismo de deseo que puede leerse desde el socialmente "dominante" hacia el "dominado", conjura, en un primer momento al menos, las marcas de identidad para proponer un territorio de indeterminación. El deseo homosexual llega a la literatura como una suerte de "zona" o de territorialidad marginal que, atravesando las clases, propone una confusión sobre límites identitarios; por eso se pone en funcionamiento desde los niños.

Lo que interesa definir es qué orden de distribuciones está permitiendo y produciendo esta ecuación entre deseo homosexual y tensiones de clases. La violación adquiere un significado preciso, porque inscribe una línea de violencia a nivel de las identidades y las dispone sobre el espacio de una guerra. La violación postula una representación de la lucha política como una guerra por la identidad, como el ejercicio violento para adquirir una identidad y lo hace como término de un proceso que se había abierto con la contaminación y la pérdida de identidad. El "puto" viene a abrir un proceso de confusión sobre el mapa social y la asignación de identidades; a través del "puto" los niños se cruzan de lado, o juegan a cruzar una frontera que será restablecida por la violación. Y la violación, como mecanismo de estigmatización "literal" sobre el cuerpo, no solamente repone la distribución entre peronistas y liberales, o entre proletarios y burgueses; también sexualiza las marcas de clase. El universo de la dominación social se especifica claramente sobre la dominación sexual, pero en un campo donde ambos bandos se ven constituidos en y por la homosexualidad (nítido en el texto de Lamborghini). *El "puto" no es únicamente el del otro bando.*<sup>5</sup> Y precisamente por eso el circuito que se abre en la ecuación homosexualidad/política se especifica como guerra de identidades y como juego de reversibilidad, y no como relato de injusticias o genealogía de las legitimidades y los derechos. La política es una guerra entre varones que tienen que tachonarse los cuerpos para decir "yo, nosotros", a partir del riesgo continuo de la reversibilidad.

## El otro niño

Entre el texto de Viñas y *El niño proletario*, de O. Lamborghini (1973) aparece una escena en espejo, simétrica e invertida. El niño clase media violado por los peronistas

5.- En esto consiste el estatuto históricamente singular de esta relación entre homosexualidad y política. Si la violación convoca o reproduce el estigma ("puto", a partir de un uso deseante del año), realiza esa operación sobre la reversibilidad continua de la relación. No funciona únicamente como insulto y separación. La sexualidad viene aquí a describir un nuevo paisaje de la política, de la identidad, porque viene a iluminar las condiciones en que se impone y se adjudica una marca.

reaparecerá, como burgués, violando a otro niño, perteneciente ahora al proletariado; el narrador-testigo e intérprete del cuerpo y la voz infantil (del lado de los violados) se convertirá en adulto en cuerpo de niño y del lado de los violadores. Lamborghini narra la violación como escritura de las identidades en tanto que marcado sobre el cuerpo del otro: la sexualidad no se lee en transparencia respecto de lo social sino al revés, como ocasión primaria de la violencia y como “otra escena” que soporta y anticipa lo social. Entre *Los años despiadados* y *El niño proletario* el deseo homosexual (se) narra según diagramas diferentes: si en el primero es el lugar de cruce para una contaminación entre las clases que será interrumpida por la violación, abriendo y cerrando la oscilación de posiciones, *El niño...* narra directamente el enfrentamiento y la demarcación de la frontera de clase sobre el cuerpo violado y marcado del otro, del enemigo: no hacía falta narrar la amenaza.

Este salto permite un juego de revés continuo sobre las legalidades, los cuerpos y las voces; la política es representada como lucha por la identidad y entre varones. Se trata siempre del juego sobre la reversibilidad de una frontera, de un límite y de una marca a partir de los cuales se distribuyen posiciones del cuerpo y de la voz. La homosexualidad es la forma que adopta la indecidibilidad de la identidad y sus marcas, cuando llegan al cuerpo y segrega un “otro” que, violador o violado, no deja de desdoblarse las representaciones del propio cuerpo, la propia identidad y el propio deseo.

Porque, en estos textos, la homosexualidad permite registrar el circuito corporal donde se configuran grupos, colectivos, sociedades secretas, capaces de devenir “ejércitos”. Los violadores salen en bandada: bandas de niños que salen a reproducir las identidades de clase. “Máquinas de guerra”<sup>6</sup> que salen a restablecer un orden amenazado, *por fuera* de los modos legítimos de “heredar” y asumir una identidad. En el cuerpo, y a partir de una sexualidad clandestina, las clases fijan límites y estabilizan el campo de identidades: esto es lo que viene a narrar el deseo homosexual.

*Por fuera* del Estado, en los límites de la visibilidad urbana: los peronistas de Viñas, violando al heredero del liberalismo, y los burgueses de Lamborghini violando al proletario, son los actores que dejan leer lo que el Estado no puede representar pero no deja de producir: las bandas “paraestatales” como actores de la violencia política. Son estos “ejércitos” los que producen estigma, en la medida en que remarcan los límites, los signos, las fronteras que ya estaban trazadas, y lo hacen sobre el cuerpo. Los violadores reinscriben las distribuciones previas del paisaje social: saltan hacia atrás y reponen una diferencia en tanto límite sobre el que se fija la identidad. En este sentido, podría pensarse que la homosexualidad viene a dar el marco de representación a las guerras modernas de la literatura argentina: no son representantes del Estado los que se involucran, sino estas “máquinas de guerra” que, a la vez que efectúan o realizan las tensiones que el Estado distribuye, las llevan a un punto en que traspasan toda legalidad y toda delegación política. Por eso son niños, por eso transcurre en los márgenes de la ciudad (el puerto, el barrio pobre) y por eso produce un tipo especí-

---

6.- Para una caracterización de la “máquina de guerra”, Gilles Deleuze y F. Guattari, *Mil mesetas*, Pretextos, Valencia, 1988.

fico de violencia: la que se ejerce para fijar un campo de distribuciones simbólicas y para asumir una identidad previa, heredada, una fijación social. No se disputa otra cosa que no sea la identidad: posiciones y territorios para el propio cuerpo, remarcando y redoblando los límites que podrían haber sido transgredidos

## Boxeo

¿En qué medida, la homosexualidad puede desbordar, desplazarse, alterar esta escena, reinscribiéndose a sí misma y a su relación con la política? *Chorreo de las iluminaciones en el combate bicolor*, de Perlongher (1992), se desplaza de los escenarios de frontera para encontrar la "figura" de la homosexualidad en el *boxeo*. Una "figura" deportiva pero que desborda el ring y se confunde con otros escenarios que serán "nuevos" a nivel de la representación. El combate se desplaza de la frontera urbana a un espacio doble que conecta el ring y los baños de hombres; abandona las clases para poner en escena razas y géneros: transcurre entre negros/blancos y homosexuales/heterosexuales, y transforma la violación en paliza. La ecuación homosexualidad-política deja a los niños y a los barrios suburbanos y se convierte en la lucha entre las identidades sexuales de los adultos. Los combatientes, en el ring y en el baño, no pueden decidir si el combate es goce o paliza, porque la diferencia es apenas perceptible (la percibe la poesía; es materia de poesía).

En el *Chorreo...* todo pasa por el ojo, por una política del ojo y de la distancia, del punto de vista y de la expectación. Es una coreografía de la "distancia mínima" que separa a homosexuales y heterosexuales, cuya transgresión provoca la paliza: "*Demasiado de cerca lo vimos orinar*". Sobre esta distancia se especifica un límite que ya no será, estrictamente, una marca y una frontera —en un sentido territorial— sino un espaciamiento entre los cuerpos, una marca no visible que retiene juntos a los cuerpos pero manteniendo las distancias. Por eso ya no hay violación sino una persecución ambivalente donde no se sabe quién persigue a quién.

La reversibilidad del deseo homosexual vuelve a ganar la representación y pliega la escena y la voz; ya no hay grupos e identidades sino un *pliegue* perpetuo —un bucle— sobre las identidades. La guerra se convierte en persecución y distancia móvil entre homosexuales y heterosexuales, sobre el circuito ambivalente del deseo que trazan. En este circuito la violación carece de significado: no se "viola" a un homosexual de la misma manera que antes se violaba al niño. En lugar del enfrentamiento, lo que aparece es la persecución: "*Siempre hay un otro que después nos sigue. / Después del bar donde vació su copa / donde dejamos sin querer / rodar el camafeo de su madre o bizcos / demasiado lo vimos orinar. Siempre hay un otro que después nos rompe el alma a la salida; y luego: "siempre hay un alma que nos rompe el otro"*". No hay guerra entre heteros y homos, sino persecuciones deseantes que derivan en goce o paliza, sobre escenarios apenas visibles que no están estabilizados sobre una frontera social. El combate se ramifica, se difunde en trayectorias urbanas móviles, en rodeos jugados en

las calles –se hace “yiro”. Y fundamentalmente, no pasa por el ano como lugar de estigmatización, sino por el ojo, la mirada, la coreografía de la distancia.

Desde aquí, la homosexualidad ya no podrá representar a la política como lucha por la identidad en el campo “total” de las clases porque se ha tornado en sí misma instancia de una política específica: la que se juega sobre las tensiones deseantes de los cuerpos. Heterosexual/homosexual: *ya no una frontera sino un espaciamento oscilante y ambivalente*. Son adversarios que se persiguen, y que sólo se distribuyen en heteros y homos a partir de que se “tocan” y se abrazan en la paliza. La violencia distribuye las marcas de identidad, y es política porque asigna, impone, identidades en pie de guerra que ahora no pasan por la clase sino por la sexualidad. La paliza distribuye a heteros y homos a partir del riesgo del deseo, pero, a diferencia de los otros combates, es el deseo como tal, en tanto que sexualidad, lo que se torna político, lo que inscribe la política.

La homosexualidad funciona en el espacio de nuevas guerras y nuevas políticas. Los cuerpos y el escenario urbano han rearticulado las líneas de tensión que los atraviesan. Y esto implica, en términos generales, que la homosexualidad se ha convertido en una línea de *singularidad* a nivel de los diagramas de representación, cuerpo y política. En consecuencia, la homosexualidad materializa un diagrama diferente de los territorios y las identidades. Permite leer, hacia atrás, la posibilidad de un corpus como determinación de límites históricos sobre el campo de las representaciones. ■

## Bibliografía

Los textos citados de David Viñas son: *Los años despiadados*, s/d, 1967 (1a edición, 1956); *Cuerpo a cuerpo*, Siglo XXI, México; *Literatura argentina y realidad política*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

“El niño proletario”, de O. Lamborghini es un fragmento de *Sebregondi retrocede*, en “*Novelas y cuentos*”, del Serbal, Barcelona, 1988.

El texto de Perlongher, *Chorro de las iluminaciones en el combate bicolor*, aparece en la antología “*Lamé*”, realizada por Roberto Echavarrén, Ed. da Unicamp, San Pablo, 1994.

## Bibliografía teórica

Gilles Deleuze y F. Guattari, *Mil mesetas*, Pretextos, Valencia, 1988.

Guy Hocquenghem, *Homosexualidad y sociedad represiva*, Granica, Buenos Aires, 1974.

Nicolás Rosa, *Crítica y significación*, Galerna, Buenos Aires, 1969.

Gayatri Spivak, *The postcolonial critic*, Routledge, Nueva York, 1990.